



BIBLIOTECA NACIONAL.
MEXICO.

LA REALIDAD QUE VUELVE

Por EDUARDO TOLEDO Y TOLEDO

CUANDO la alondra remontaba el vuelo, y el ruiseñor lanzaba sus primeros trinos en la floresta cercana; cuando el Sol, envolviendo en olas de fuego los elevados picos de la sierra, hacía cambiar en brillantísimos colores las gotas de rocío que titilaban en las hierbecillas del valle, y la campana de la iglesia saludaba al alba con su lengua de bronce, las viejas vecinas del lugarejo, tocadas las cabezas con negra mantellina y luciendo el refajo granate, marchaban presurosas al templo para oír la primera misa y congregarse a la salida bajo los álamos de la plaza a comentar los sucesos del día anterior o murmurar de los ausentes. Y como en el pueblecillo nunca ocurría nada, dicho está que la murmuración era el pacto cotidiano de aquellas buenas almas.

Desde mi ventana oía su charla gárrula y sempiterna, sus voces estridentes como el ruido de la caña que se rompe, su tos de catarrosas incurables. Las oía siempre, aunque jamás las escuchaba. ¡Tenía su convesación tan pocos atractivos! Para ellas el cura era un egoistón, el médico un ignorante y el alcalde un bribón de tomo y lomo: ni había ver-güenza en el pueblo, ni paz en las familias, ni honor en las personas. ¡Eran unas pobrecillas aquellas abuelas!

Una mañana del mes de Mayo, el aquelarre astuvo más concurrido; a las

lechuzas de cocorbada nariz y boca hundida, asíduas concurrentes, se habían agregado casadas aún garridas y mozas casaderas. Todas dirigían miradas al mismo punto: las viejas con expresión codiciosa, las casadas con lástima, las más jóvenes con asombro. Aquel día su conversación fué un cuchicheo del que sólo llegaron a mis oídos palabras sueltas y exclamaciones admirativas como las siguientes: «¡Muy hermosa! ¡Vaya qué lujo! ¡El coche es mejor que el del señor *Abispo* que vino el año pasado!» Y con estos y otros comentarios, fuéronse desparramando por las sucias callejuelas de dos en dos y de tres en tres, volviendo todas la cabeza hacia el castillo. Sólo una quedó en la plaza con la mirada fija, luciendo unos brazos tostados y robustos, las manos enlazadas por detrás de su lindo cuello, entreabierto la boca y los ojos soñadores. «¡Guapa y rica!—exclamó—¡Maña, qué suerte!» Y por sus mejillas, frescas y rojas, resbalaban dos lágrimas.

Indudablemente ocurría algo extraordinario y yo que nunca me ocupaba de lo que en torno mío sucedía, sentí tremendas ansias de enterarme, deseo irresistible de saber. Esperé, pues, la evaporación de aquellas lágrimas (que a nadie gusta ser sorprendido en sus intimidades), y llamé a la muchacha.

Todo lo supe, ningún detalle escapó